

# Prolija

Estudios de  
cultura  
virreinal

# MEMORIA

Tomo II,  
Núms. 1-2

Noviembre de 2006

## HOMENAJE A GEORGINA SABAT DE RIVERS

**Las ánimas del locutorio. Alianzas y conflictos entre las monjas y su entorno en la manipulación de lo sagrado**  
Antonio Rubial García

**El naufragio de la memoria o la escritura indianizada: una lectura de la identidad en los relatos de Gonzalo Guerrero y Alvar Núñez Cabeza de Vaca**  
Manuel Tapia Becerra

**Los araucanos y el arte de la guerra**  
Jorge Checa

**Manuel Toussaint, o De la bella cosecha**  
Adolfo Castañón

**Noche órfica y silencio pitagórico en Sor Juana**  
Rocío Olivares Zorrilla

**Algunos parientes de Sor Juana**  
Dorothy Schons

**El mundo preternatural de Fray Antonio de Fuentelapeña**  
Fernando R. de la Flor



FACULTAD  
DE FILOSOFÍA  
Y LETRAS  
UNAM



UNIVERSIDAD DEL  
CLAUSTRO DE SOR JUANA

*Prolija*

Estudios de  
cultura  
virreinal

**MEMORIA**

Tomo II,

Núms. 1-2

Noviembre de 2006

HOMENAJE A GEORGINA SABAT DE RIVERS



FACULTAD  
DE FILOSOFÍA  
Y LETRAS  
UNAM



UNIVERSIDAD DEL  
CLAUSTRO DE SOR JUANA

## **Universidad del Claustro de Sor Juana**

Mtra. Carmen Beatriz López-Portillo Romano  
Rectora

Dra. Sandra Lorenzano  
Vicerrectora de Investigación y Posgrado

Mtro. Sergio Olivera Pointelin  
Vicerrector de Desarrollo Institucional

## **Universidad Nacional Autónoma de México**

Dr. Juan Ramón de la Fuente  
Rector

Lic. Enrique del Val Blanco  
Secretario General

Mtro. Daniel Barrera Pérez  
Secretario Administrativo

## **Facultad de Filosofía y Letras**

Dr. Ambrosio Velasco Gómez  
Director

Dra. Tatiana Sule  
Secretaria General

Mtro. Samuel Hernández López  
Secretario Administrativo

Lic. Martha Cantú  
Secretaria de Extensión Académica

Lic. Laura Talavera  
Coordinadora del Departamento de Publicaciones

*Prolija Memoria* es parte del catálogo electrónico Latindex, Sistema regional de información en línea para revistas de América Latina, el Caribe, España y Portugal; así mismo se encuentra catalogada en el índice CLASE (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades. UNAM) y en la Hemeroteca Latinoamericana.

*Prolija Memoria* es una publicación semestral de la Universidad del Claustro de Sor Juana en coedición con la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con domicilio en San Jerónimo 47, Col. centro, C.P. 06080 Tel. 51 30 33 00. ISSN 1870-0284. No. de reserva 04-2004-111508510400-102.

Prohibida la reproducción total o parcial de cualquier material publicado en este número, ya sea escrito, dibujo, fotografía, pintura o grabado, o cualquier otro que esté regulado y protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor, si no es con previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C. Cualquier contravención a lo señalado dará pie a ejercer la acción legal correspondiente. El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de los colaboradores.

*Prolija memoria,  
permite siquiera  
que por un instante  
sosieguen mis penas...*

*Endechas que discurren fantasías tristes de un ausente*  
En el *Segundo Volumen* de las Obras de Sor Juana Inés de la Cruz  
(Imprenta de Tomás López de Haro, Sevilla, 1692).

## **Prolija Memoria. Estudios de cultura virreinal**

### *Directora*

María Dolores Bravo Arriaga (UNAM)

### *Subdirectororas*

María Águeda Méndez (El Colegio de México)

Sara Poot Herrera (University of California, Santa Barbara)

### *Editora*

Sandra Lorenzano (Universidad del Claustro de Sor Juana)

### *Comité Editorial*

Rolena Adorno (Yale University)

Ignacio Arellano (Universidad de Navarra)

Marie-Cécile Bénassy (Université de Paris III-Sorbonne Nouvelle)

Concepción Company (UNAM)

Marta Gallo (University of California, Santa Barbara)

Margo Glantz (UNAM)

Aurelio González (El Colegio de México)

Susana Hernández Araico (California State Polytechnic University)

Cristina Iglesia (Universidad de Buenos Aires)

Asunción Lavrin (Arizona State University)

Enrique Martínez López (University of California, Santa Barbara)

Manuel Ramos Medina (Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX)

María José Rodilla (Universidad Autónoma Metropolitana)

José Carlos Rovira (Universidad de Alicante)

Antonio Rubial García (UNAM)

Georgina Sabat de Rivers (SUNY-Stony Brook)

Germán Viveros (UNAM)

Diseño: Alejandro Magallanes, Roberto Domínguez Bravo

Corrección: Alejandro Rivas

Portada: Diseñada sobre una imagen de la primera página

*de Inundación Castálida*

## Artículos

- Manuel Tapia Becerra* **9** El naufragio de la memoria o la escritura indianizada: una lectura de la identidad en los relatos de Gonzalo Guerrero y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca.
- Jorge Checa* **25** Los araucanos y el arte de la guerra.
- Fernando R. de la Flor* **53** El mundo preternatural de Fray Antonio de Fuentelapeña.
- Rocío Olivares Zorrilla* **91** Noche órfica y silencio pitagórico en Sor Juana.
- Antonio Rubial García* **113** Las ánimas del locutorio. Alianzas y conflictos entre las monjas y su entorno en la manipulación de lo sagrado.
- Adolfo Castañón* **129** Manuel Toussaint, o De la bella cosecha (1890-1955).

## Memoria

- Dorothy Schons* **149** Algunos parientes de Sor Juana.

## Reseñas

- José Rubén Romero Galván* **157** Reseña de Georges Baudot, *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal*.
- Marie-Cécile Bénassy-Berling* **165** Reseña de José Antonio Rodríguez Garrido, *La "Carta Atenagórica" de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica*.
- Lillian von der Walde Moheno* **171** Reseña de María José Rodilla, *Escrito en los virreinos*.

# Los araucanos y el arte de la guerra

*Jorge Checa*

University of California, Santa Barbara

Con el desarrollo del Humanismo se va imponiendo una conciencia de extrañamiento respecto al pasado con la consiguiente emergencia de una mentalidad historicista. En ella, los intentos de imitar los logros de la Antigüedad se fundamentan en el reconocimiento de sus hondas diferencias con el presente, de modo que el ideal de emular a los antiguos parte de una imagen cada vez más acusada de su alteridad. Frente a las visiones anacrónicas por lo general dominantes en la Edad Media, la imagen discontinua de la historia propuesta por los humanistas tiende a objetivar los modelos del mundo clásico; desde la autoridad que presta la distancia, esos modelos pueden inspirar diversos proyectos en el campo de las artes, la poesía, la moral, la política o la religión<sup>1</sup>.

Pero la noción de alteridad no sólo se asoció al estudio de la Antigüedad. Junto al historicismo humanista, el encuentro de los

1. Sobre la mirada distante al pasado propuesta por los humanistas y la relación que tiene con ella el desarrollo de disciplinas como la historia, la filología y la arqueología, véase el ensayo de Erwin Panofsky, *Renaissance and Renascences in Western Art*, New York, Harper & Row, 1972 (particularmente pp. 108 ss.). Acerca de cómo la distancia afecta el concepto poético de *imitación*, véase Thomas M. Greene, *The light in Troy. Imitation and discovery in Renaissance poetry*, New Haven, Yale University Press, 1982, en particular los cuatro primeros capítulos.



Europeos con las culturas americanas desde finales del siglo XV trajo consigo la exposición a formas de vida cuya diferencia no se localiza ahora en el tiempo sino en el espacio y que, ocasionalmente, pudieron servir de acicate para postular la mejora de la propia sociedad. Así se supone que, en analogía con la Grecia y la Roma del pasado, también el Nuevo Mundo ofrece ejemplos a imitar en la época presente, según lo defendieron por ejemplo las corrientes de utopismo religioso surgidas al calor de la empresa evangelizadora. Es verdad que esos modelos proyectaron sobre el indígena varios mitos provenientes del imaginario europeo —como el de la Edad de Oro o el *buen salvaje*—, pero su voluntad de reforma y su componente de denuncia no dejaban de ser reales. José Antonio Maravall ha ilustrado profusamente el último punto en varios estudios, donde examina cómo las virtudes evangélicas atribuidas a los nativos de América por el dominico Bartolomé de las Casas o por los franciscanos Motolinía, Torquemada y Mendieta —pobreza, sencillez, humildad— son inseparables de la condena de la corrupción religiosa rampante en la sociedad conquistadora. Por eso la idealización del indígena supone una exhortación a recobrar, bajo su ejemplo, el espíritu originario del cristianismo primitivo<sup>2</sup>.

En las siguientes páginas me ocuparé de dos textos cuya comparación ilustra estos usos complementarios de los modelos dignos de imitación, señalando además la probable influencia del primer texto sobre el segundo. Me centraré, por un lado, en el *Arte de la guerra* de Maquiavelo y, por otro, en el Canto 1 de *La Araucana* de Alonso de Ercilla —particularmente las estrofas 6-52, acerca de la cultura y las costumbres militares de los araucanos. En mi opinión, la imagen de la nación araucana presentada al comienzo del poema coincide en varias ideas y detalles con aspectos significativos del libro de Maquiavelo, quien a su vez se sirvió de tratadistas latinos

2. Véanse sobre todo los ensayos de J. A. Maravall: "La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España" y "Utopía y primitivismo en el pensamiento de Las Casas", en *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*. Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 79-110 y 111-206.



como Frontino, Polibio y sobre todo Vegetio<sup>3</sup>. Tales fuentes ponen de manifiesto cuánto admiraba Maquiavelo la organización y el *ethos* de las antiguas legiones romanas, al punto de proponer resucitarlos. La probable influencia del florentino sobre Ercilla ayudaría en este caso a resaltar las cualidades de un pueblo diametralmente opuesto por su belicosidad a los humildes indígenas alabados por las Casas y los franciscanos y que vincula la guerra a la defensa de la patria.

El *Arte de la guerra* (*Arte della guerra* en italiano) se imprimió por primera vez en Florencia el año 1521, siendo el único de los libros de Maquiavelo publicado en vida del autor. Aunque Maquiavelo no intervino directamente en ninguna campaña, su extenso conocimiento práctico de los asuntos militares arranca de sus años de servicio en la Cancillería del gobierno republicano de Florencia, entre 1498 y 1512. Gracias a su relación con Piero Soderini—uno de los más destacados Gonfaloniere o gobernantes florentinos— fue secretario de la Oficina de los Diez, a cargo de la defensa de la ciudad, y siguió muy de cerca la guerra con Pisa, que se prolongó hasta 1509. Desde su posición política, Maquiavelo fue testigo de las nefastas consecuencias de confiar la guerra al *condottiero* Paolo Vitelli, finalmente condenado a muerte y ejecutado por el gobierno que recabó sus servicios. Estos sucesos ahondaron la desconfianza de Maquiavelo hacia la utilización de tropas mercenarias; en 1505 él mismo se encarga de redactar la *Ordinanza* para promover el reclutamiento de una milicia local de diez mil hombres. Así se entiende que el *Arte de la guerra* recomiende encarecidamente que soldados y oficiales no sean extranjeros dedicados profesional y exclusivamente a las armas, pues con ello la actividad bélica degenera en un medio para apropiarse de despojos y satisfacer las ansias de aventura y gloria personal, soslayando que debe servir al engrandecimiento o

3. Recuerda estas fuentes Felix Gilbert, "Machiavelli: The Renaissance of the art of war", en *Makers of modern strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*, eds. Peter Paret, Gordon A. Craig & F. Gilbert, Princeton, Princeton University Press, 1986, p. 21, cuyo ensayo ofrece una excelente visión general del texto de Maquiavelo. Es también provechosa la Introducción de Christopher Lynch a su reciente traducción al inglés, *Art of War* (Chicago, University of Chicago Press, 2003) así como su ensayo de interpretación al final del mismo libro.

a la defensa del territorio nativo. En el caso de las ciudades-estado con un régimen republicano—como Florencia hasta 1512, año del retorno de los Medici y del exilio de Maquiavelo— ese patriotismo se asoció estrechamente a la preservación de las libertades locales, en la línea del *humanismo cívico* estudiado por Hans Baron<sup>4</sup>.

*El arte de la guerra* se escribió en forma de diálogo. En la modalidad ciceroniana del género adoptada por Maquiavelo, un dialogante maestro lleva el peso de la conversación y se considera portavoz de las ideas del autor. La convención genérica prescribe también que, al menos nominalmente, ese protagonista se corresponda con una figura real y prestigiosa para los otros interlocutores, igualmente basados en personajes históricos. Con todo, varios estudiosos han reparado en la ironía de que el dialogante maestro del *Arte de la guerra* se identifique con un célebre *condottiero* o guerrero mercenario, profesión duramente rechazada en el texto de Maquiavelo. Se trata de Fabrizio Colona, a quien se representa de paso por Florencia cuando se dirige a la región de Lombardía para combatir bajo las banderas de Fernando el Católico.

Acaso haya también cierta ironía en la elección de los *Orti Oricellari* como escenario del diálogo, pues los jardines, propiedad de la ilustre familia Rucellai, estaban próximos del lugar donde en 1512 ocurrió la derrota que propició la caída del régimen republicano de Florencia. Sin embargo, esos amenos parajes eran al mismo tiempo un espacio emblemático de la cultura humanística y poseían una ilustre tradición de intercambio intelectual<sup>5</sup>. Es en consecuencia apropiado que allí se comenten los méritos de los antiguos, que Fabrizio Colona resume así al iniciarse la conversación<sup>6</sup>:

4. En su libro *The crisis of the early Italian Renaissance* (Princeton, Princeton University Press, 1966) publicado por primera vez en 1955 y que ha tenido un enorme impacto en los estudios renacentistas, Baron estudia entre otros asuntos la formulación de los temas del *humanismo cívico* por Leonardo Bruni, uno de los principales inspiradores del pensamiento político de Maquiavelo.

5. De los *Orti Oricellari* y su importancia en la vida intelectual y cortesana de la Florencia de Maquiavelo trata brevemente Quentin Skinner, *Maquiavelo*, trad. Manuel Benavides, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 64-66.

6. Las citas del *Arte de la guerra* se refieren a la edición de Sergio Bertelli en el volumen II de las *Opere* (Milano, Feltrinelli, 1961) de Maquiavelo. Ofrezco con el original mi propia versión en español. Anoto primero el número del Libro correspondiente y después la página.

Onorare e premiare le virtù, non dipregiare la povertà, stimare i modi e gli ordini della disciplina militare, constringere i cittadini ad amare l'uno l'altro, a vivere senza sètte, a stimare meno il privato che il publico, e altre simili cose che facilmente si potrebbero con questi tempi accompagnare (1, 332)<sup>7</sup>.

Y no es que los antiguos fueran por necesidad más perfectos en todos los órdenes; justamente por eso había dicho antes Fabrizio que se debe procurar imitarlos “en las cosas fuertes y ásperas, no en las delicadas y suaves, y en las que hacemos bajo el sol, no a la sombra” (“nelle cose forti e aspre, non nelle delicate e molli, e in quelle che facevano sotto il sole, non sotto l'ombra”, 1, 331), de manera que podamos adoptar los usos de la Antigüedad “verdadera y perfecta”, y no de la “falsa y corrompida”.

El estudio riguroso del pasado permite contemplar con lucidez las graves carencias actuales, lo que, de acuerdo al tema específico del diálogo, lleva a mostrar “cómo en estos tiempos se pudiera organizar un ejército que posea más virtud que la que tiene ahora” (“come in questi tempi si potesse ordinare una milizia che avesse piú virtù que quella che si usa”, 7, 513). Que Maquiavelo abordaba inquietudes extendidas más allá del ámbito de la península itálica, lo prueban las veintiuna ediciones del *Arte de la guerra* durante el siglo XVI y su enorme difusión internacional. La obra fue pronto traducida al latín, al francés, al inglés, al alemán y asimismo al español. Bajo el título *Tratado de re militari*, la versión española apareció en Alcalá de Henares el año 1535; se debió a Diego de Salazar, veterano de las guerras de Italia, quien intenta actualizar el original introduciendo ejemplos modernos a menudo tomados de su experiencia personal. Otro signo de adaptación es que los participantes en el diálogo sean ahora el Duque de Nájera, Manrique de Lara y, como figura magistral, el Gran Capitán —celebrado héroe de las recientes campañas napolitanas y dirigente bien conocido por sus

7. Honrar y premiar las virtudes, no despreciar la pobreza, estimar los modos y órdenes de la disciplina militar, constreñir a los ciudadanos a amarse mutuamente, vivir sin sectas, estimar lo privado menos que lo público, y otras cosas semejantes que podrían fácilmente acompañar nuestros tiempos.

innovaciones tácticas. Correlativamente, la traducción de Salazar busca suplementar la autoridad de Maquiavelo con la atención a elementos poco relevantes o incluso ignorados en *El arte de la guerra*, como el empleo de la artillería o la utilidad de las fortificaciones<sup>8</sup>.

Aparte de los méritos intrínsecos del diálogo, el interés creciente hacia los asuntos bélicos suscitado por lo que a partir de la fórmula de Geoffrey Parker<sup>9</sup> se conoce como *revolución militar* explica el polémico impacto del *Arte de la guerra*. En un orden discursivo muy diverso, el mismo interés impulsa la publicación de *La Araucana*, según Alonso de Ercilla advierte en el Prólogo de la Primera Parte<sup>10</sup>, aparecida en 1569: “Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla...” (69).

Ciertamente, el gusto del público ayuda a dar cuenta de la manera deliberada con que Ercilla incluye en su poema una gran diversidad de eventos y situaciones marciales. Es como si quisiera hacer de *La Araucana* una suerte de compendio de experiencias bélicas, de manera que cercos y batallas a gran escala en tierra y mar (San Quintín y Lepanto) alternan en el texto con largas narraciones de combates singulares (el de Andrea y Rengo, por ejemplo); de igual modo, el crudo furor de varios encuentros y escaramuzas coexiste con la primacía de la astucia de ambos en los episodios como los de los fuertes de Pencó o el de Purén; y ello por no hablar de los casos surgidos del uso y la exposición a las armas de fuego.

La ambición totalizadora de la épica motiva que aquí el poema de Ercilla converja con el diálogo de Maquiavelo, asimismo dirigido a ilustrar, aunque de manera más sistemática, una amplia casuís-

8. Para un comentario de la traducción de Salazar puede consultarse José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 540-541. Véase también su “Maquiavelo y Maquiavelismo en España”, en *Estudios de historia del pensamiento español. Serie Tercera: El siglo del Barroco*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984, pp. 45-46.

9. *The military revolution. Military innovation and the rise of the West*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

10. Las citas de *La Araucana* se refieren siempre a la edición de Isaías Lerner, Madrid, Cátedra, 1998. En el caso de las citas en verso, doy primero el Libro y luego el número de la estrofa correspondiente.

tica. En el logro de ese propósito común la cultura clásica de los dos autores les proporciona a cada uno de ellos modelos de virtud y de excelencia. Ercilla los necesita también por razones artísticas, ya que la paridad épica —casi aneja a la literatura de asunto heroico— precisa representar un adversario lo suficientemente fuerte como para que la empresa de sojuzgarlo merezca perpetuarse en la memoria (“pues no es el vencedor más estimado / de aquello en que el contrario es reputado”, 1, 2)<sup>11</sup>. Como varios comentaristas han subrayado, uno de los medios poéticos para realzar en *La Araucana* la reputación del contrario consiste precisamente en compararlo e incluso asimilarlo a figuras señeras de la Antigüedad. Lautaro, Caupolicán, Colocolo, Rengo, Galbarino, Tegalda, Glaura o Fresia —por nombrar sólo los más destacados— se equiparan así a grandes personajes de la historia, la leyenda y el mito<sup>12</sup>.

Respecto a Ercilla, la relación de Maquiavelo con el mundo clásico es más rigurosa y empírica al fundarse en la veracidad atribuida a sus fuentes. Para comprender mejor la posición de Maquiavelo hacia los antiguos en lo concerniente a la guerra, puede ser útil una cita de Maravall:

Si durante la época en que ha estado vigente una concepción caballerescas de la guerra ya se iba a buscar en la antigüedad el modelo del caballero —Héctor, Eneas, Alejandro, etc.— más tarde, al pasarse a una concepción masiva y racionalizada de lo militar y al propugnarse otros factores como esenciales en la organización del ejército y en el desarrollo de la batalla —la disciplina, la instrucción sabia y el orden—, la admiración de los antiguos se seguirá manteniendo, viéndoseles ahora como espejo de tales nuevas virtudes<sup>13</sup>.

El *Arte de la guerra* representa —y puede decirse que inaugura— la nueva actitud imitativa, centrada en los aspectos técnicos

11. Creo que para hacer perfecto sentido estos dos versos deberían leerse como una interrogación retórica.

12. Para un breve repaso de las referencias clásicas en *La Araucana*, puede consultarse Frank Pierce, *Alonso de Ercilla y Zúñiga*, Amsterdam, Rodopi, 1984, pp. 98-101.

13. *Antiguos y modernos*, p. 538.

y racionales de la práctica militar. Sobre todo cuando poetiza a las figuras araucanas más prominentes, Ercilla sigue en cambio el tradicional modelo heroico o individualizado de imitación —según parece exigir el género épico—, aunque debe añadirse enseguida que el poeta tampoco ignora completamente el tipo de acercamiento propugnado en el diálogo de Maquiavelo<sup>14</sup>. A semejante categoría pertenecen las estrofas del Canto 1 que voy a comentar, y donde Ercilla no sólo adopta la perspectiva didáctica de *El arte de la guerra*, sino que incorpora también algunas de sus ideas.

Antes de seguir adelante, conviene advertir que en el Canto 1 de *La Araucana* Ercilla nunca hace explícita la equiparación entre los araucanos y los antiguos romanos, pero significativamente sí que la apunta su contemporáneo Jerónimo de Vivar en la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* —obra compuesta en 1558<sup>15</sup>. Leemos en el capítulo 104, titulado “Que trata de la orden que tienen cuando vienen a pelear estos indios de esta provincia de la Concepción y de los géneros de armas que traen y de su orden”: “Cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buena orden y concierto, que me paréceme a mí que aunque tuviesen acostumbrado guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden” (p. 250).

14. Por eso convendría matizar cuidadosamente la siguiente apreciación, que recoge por otra parte un consenso crítico bastante generalizado: “The heroes of the *Iliad*, the members of the Greek phalanx, and the Roman legionnaire all fought on foot with spears. This parallel may have led Ercilla to project upon his Araucanians Homeric qualities, as critics have noted” (Michael Murrin, *History and warfare in Renaissance Epic*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 167). Esta opinión es válida en términos generales, pero no puede hablarse de una continuidad inmediata entre el legionario romano, con su estricta disciplina, y el guerrero homérico, mucho menos sometido a regulaciones tácticas y estratégicas. Bien que dando primacía a la heredada de Homero, Ercilla incorpora las dos visiones. Además se preocupa por cualificar la imagen arcaica de los araucanos cuando el Canto 1 dice que sus caciques son los mejores “en militar estudio” “que de bárbaras madres han nacido” (1, 13), o cuando comenta el progreso bélico que los indígenas han experimentado debido sobre todo a su contacto con los españoles: “Algunas destas armas han tomado / de los cristianos nuevamente agora, / que el contino ejercicio y el cuidado / enseña y aprovecha cada hora, / y otras, según los tiempos, inventado: / que es la necesidad grande inventora, / y el trabajo solícito en las cosas, / maestro de invenciones ingeniosas” (1, 20). Para una iluminadora síntesis de las aportaciones militares de Roma a lo largo de su compleja historia, véase John Keegan, *A history of warfare*, New York, Vintage Books, 1993, pp. 263-281.

15. Sigo la edición de Ángel Barral Gómez, Madrid, Dastin, 2001.

La enaltecida alusión a las legiones romanas destaca el orden de combate usado por “escuadrones” indígenas<sup>16</sup>. Ercilla desarrollará, como veremos, la similitud que esboza Vivar, sin dar además la impresión de valerse de una fórmula representativa extraña a su objeto. En este aspecto resulta interesante el contraste entre nuestro poeta y su coetáneo Juan Rufo, quien publica la *La Austríada* en 1584, es decir tras la impresión de la Segunda parte de *La Araucana*.

Rufo escribió *La Austríada* para celebrar la memoria del príncipe don Juan de Austria, fallecido recientemente en Flandes. Excepto sus últimos cantos —que se dedican a la batalla de Lepanto—, el grueso del poema gira en torno a la sublevación y el castigo de los moriscos de Granada entre 1568 y 1571. Aunque no sin razón los testigos del conflicto pudieron calificarlo por su enorme violencia de guerra civil, los moriscos carecían por completo de una cultura marcial y en nada se parecían a los araucanos que por entonces luchaban contra la Monarquía hispánica en una remota zona del territorio austral. No obstante, el poéticamente necesario engrandecimiento del enemigo se traduce en que, por un momento, Rufo también opte por representarlo con fórmulas prestadas del mundo clásico, recurriendo a la imagen de los sufridos lacedemonios o espartanos, cuyas severas costumbres describe Plutarco en la *Vida del legislador Licurgo*<sup>17</sup>. Baste como ejemplo la siguiente estrofa, sobre el supuesto entrenamiento de los moriscos para la guerra en la agreste región de las Alpujarras:

Al agua, al aire, al frío y al sereno  
de industria algunas veces los ponían,  
cuando de Capricornio el gran terreno

16. Creo que la idea que quiere transmitir Vivar es que los araucanos luchan como si hubieran asimilado las tácticas de los romanos, de modo que parecería que han luchado contra ellos como lo hicieron los antiguos “españoles”. Otra cita del mismo capítulo refrendaría esta lectura: “En lo cual me parece a mí, en los ardidés que tienen en la guerra y orden manera de pelear, ser como españoles cuando eran conquistados de los romanos, y así están en los grados y altura de nuestra España” (p. 252).

17. Cfr. *Plutarch's Lives (The Dryden Translation)*, ed. Arthur H. Clough; introd. James Atlas, New York, The Modern Library, 2001.



las noches largas en extremo enfrían;  
 y cuando Febo en el ardiente seno  
 del can rabioso está, también solían  
 hacer el mismo ensayo, y desta suerte  
 era su decendencia brava y fuerte (1, 73)<sup>18</sup>.

La cita se sitúa dentro de un pasaje en varios sentidos equivalente a la descripción preliminar de los araucanos en el poema de Ercilla —donde igualmente aparece en el Canto 1—, ya que en ambos casos se trata de introducir los belicosos rasgos de una nación antagonista y rebelde. Sin embargo, a ningún lector del siglo XVI podría escapársele cómo el texto de Rufo no pasa de ser una magnificación retórica apenas congruente con lo que la audiencia ya sabe sobre los moriscos, bien a través de la experiencia o de otros testimonios más veraces acerca del levantamiento granadino. Ésta es una de las razones por las cuales la representación de los sublevados de acuerdo a un paradigma clásico no puede tener continuidad en *La Austríada*, y se sustituye pronto por el recurso de convertir al enemigo en un instrumento diabólico —amenazador, pero a la vez despreciable como encarnación del Mal absoluto. Mientras evita caer en fáciles planteamientos apocalípticos, Ercilla utiliza recursos más ajustados a su objeto y también más consistentes con su búsqueda de la paridad épica. Las resonancias antiguas de su visión inicial de los araucanos no son meramente ornamentales; se incardinan en el planteamiento de cuestiones esenciales para la comprensión de la *Araucana*.

18. Cito por la edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*, t. 54, 1854, mencionando el número del Canto y, dentro de él, el de la estrofa. Dos estrofas más abajo se hace expresa la comparación hiperbólica con “aquel severo / estilo que Licurgo introducía” (1, 75). La referencia a los espartanos es, desde luego, muy socorrida, y en el mismo *Arte de la guerra* aparecè en una de las primeras intervenciones de Fabrizio, quien usa términos muy parecidos a los de *La Austríada*, si bien en este caso para lamentar el declive militar del presente: “Se uno, come gli Spartani, nutrisse i suoi figliuoli in villa, facessegli dormire al sereno, andare col capo e co' piedi ignudi, lavare nell' acqua fredda per indurgli a poter sopportare il male e per fare loro amare meno la vita e temere meno la morte, sarebbe schernito e tenuto piuttosto una fiera che uno uomo” (1, 332).

## 2

El *Arte de la guerra* presenta aspectos bastante controvertidos en su tiempo. Entre ellos destaca el valor limitado que se asigna a la caballería en beneficio de la infantería, y que Maquiavelo justifica porque, a su juicio, las tropas a caballo resultan mucho menos efectivas que las de a pie para el combate abierto o para desplegarse ordenadamente en terrenos accidentados (2, 368-370). Todavía más polémico puede parecer el papel secundario otorgado a la artillería —cuyos usos experimentan un notable desarrollo en las guerras italianas a comienzos del siglo XVI—, debido a su escasa movilidad y a su reducida precisión, junto al inconveniente de que la humareda de los cañones obstruye la visión del enemigo (3, 411-415). Tampoco contiene el diálogo comentario alguno sobre los recientes avances en el campo de la ingeniería militar, y particularmente los complejos diseños incorporados a la traza de las modernas fortificaciones defensivas<sup>19</sup>.

Parecería que, en su afán de ensalzar el modelo romano, Maquiavelo desdeña o pone en segundo plano todo cuanto no se ajusta al mismo, aunque tampoco sería erróneo decir que, al menos en ciertos puntos, ese modelo se elige para criticar las supuestas desviaciones actuales. Sea como fuere, el hecho de que se trate de un ideal extraído de un tiempo pasado favorece el que Ercilla pueda

19. Antes de justificar detalladamente en su importante estudio de 1988 por qué no es exagerado hablar de una *revolución* militar en la temprana modernidad europea, G. Parker comenta brevemente en *El Ejército de Flandes y el camino español (1567-1659): la logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, trad. Manuel Rodríguez Alonso, Madrid, Alianza Editorial, 1985, cuya primera edición inglesa es de 1972, qué aspectos de esa revolución fue capaz de anticipar Maquiavelo y cuáles no. Maquiavelo acertó en lo referente al papel destacado de la infantería con el consiguiente aumento numérico de los ejércitos, aunque no pudo imaginar el grado de masificación que éstos pronto alcanzarían. Tampoco pudo prever el rápido desarrollo de la artillería, el cual resulta inseparable de la sofisticación alcanzada por los sistemas defensivos de las ciudades conforme a los principios de la *trace italienne*. Este tipo de fortificaciones alcanzó un notable perfeccionamiento muy pocos años después de la primera edición del *Arte de la guerra*; su difusión viene a refrendar el carácter eminentemente defensivo de la guerra moderna, característica que Maquiavelo anticipa pero refiriéndola al papel crucial de la pica, tan competentemente usada en las formaciones de los mercenarios suizos (pp. 39-44).

adaptarlo a una nación asimismo distante de la modernidad bélica representada en su poema por los españoles, quienes, frente a los araucanos no solamente poseen caballos, sino mortíferas armas de fuego. Por otra parte, el desfase entre los dos bandos no deja de ofrecer en *La Araucana* un filón poético muy bien aprovechado, pues permite resaltar el heroísmo de los indígenas y proyectar sobre ellos modelos literarios de la tradición greco-latina<sup>20</sup>.

A lo largo de su poema, Ercilla emplea varios medios artísticos y retóricos para prestar resonancias clásicas a la imagen de los araucanos, si bien en el Canto 1 sobresale la operación consistente en abstraer la descripción de los guerreros de ciertas peculiaridades distintivas en lo referente a su armamento e indumentaria, apuntándose así a una representación más arquetípica. El recurso de Ercilla se aprecia mejor al cotejar *La Araucana* con la *Crónica* de Jerónimo de Vivar, cuyo tenor podrían ejemplificar las siguientes líneas:

Llevan unas celadas en las cabezas que les entran hasta abajo de las orejas, del mismo cuero, con una cobertura de tres dedos solamente para que vean con el ojo izquierdo, que el otro llévanle tapado con la celada. Y encima de estas celadas por bravosidad llevan una cabeza de león, solamente el cuero y dientes y boca, de tigres y zorras y de gatos y de otros animales que cada uno es aficionado. Y llevan estas cabezas las bocas abiertas que parecen muy fieras. Y llevan detrás sus plumajes (p. 251).

Teniendo sin duda en cuenta pasajes como éste, Isaias Lerner observa en su edición cómo el capítulo 104 de la *Crónica* ofrece una descripción “semejante en muchos puntos” a la de Ercilla aunque “más completa y minuciosa” (p. 87). Sería apropiado añadir que la sensibilidad hacia el detalle propia del cronista sirve para acentuar no sólo las particularidades de los araucanos, sino también algunos rasgos de primitivismo y barbarie —asociables en el texto citado a

20. M. Murrin, *op. cit.*, p. 101. Como observa también Murrin acerca de la representación épica de los araucanos y otros pueblos indígenas del norte y del sur de América: “Indians used old forms of weapons, and as result the poets portrayed them as holding older values as well” (p. 167).

las terroríficas cabezas de animales puestas por encima de las celadas. Sin eliminar por ello la impresión de veracidad, Ercilla se guía por los principios representativos de un clasicismo que atenúa en cambio las notas localistas, aproximándose así a lo que Maquiavelo considera el antiguo canon militar de Roma<sup>21</sup>.

En la descripción de Ercilla, el impulso generalizador atañe a objetos o fenómenos específicos, pero también se relaciona con la preocupación de englobarlos en la filosofía militar y —por encima de ella— en la cosmovisión que el poeta atribuye a los araucanos; es justamente aquí donde la comparación con Maquiavelo viene a ser más fructífera. Pero antes de que abordemos estas cuestiones de amplio alcance, interesa mencionar cómo prácticamente todos los puntos de la cultura araucana tocados en el Canto 1 del poema épico son también tema de comentario —por lo habitual, mucho más extenso y prolijo— en el diálogo del autor florentino, lo cual avalaría además la idea de que Ercilla fue un lector atento de Maquiavelo. De hecho ambos se ocupan de asuntos como las armas ofensivas y defensivas, la indumentaria del combate, la construcción de campamentos, la importancia de una intensa educación marcial para la educación del guerrero, las tácticas de lucha basadas en la coordinación de escuadrones y en la preponderancia del grupo sobre el individuo, la necesidad de que el mando tenga su fundamento en el mérito, los estrechos vínculos entre guerra y defensa de la patria, el papel de la religión dentro de un modo de vida supeditado a los valores bélicos.

Nuestra sucinta enumeración permite observar que se trata de cuestiones diversas, pero en varios casos mutuamente relacionadas. Sus concomitancias se producen sobre todo en los niveles

21. Compárese su escueta referencia a la pica de los araucanos (o a la herramienta bélica parecida a ella) con la descripción del mismo instrumento en la *Crónica* de Vivar, quien, pese a mantener el nombre genérico de pica, se esfuerza en señalar los rasgos diferenciadores de lo que los europeos entenderían por tal: “Llevan picas de a veinte y cinco palmos de una madera muy recia, y engeridos en ellas unos hierros de cobre a manera de asadores rollizos de dos palmos y de palmo y medio. Y con unas cuerdas que hacen de nervios muy bien atados, los engieren de tal manera en aquella asta como puede ir un hierro en una lanza. Y junto a esta atadura llevan una manera de borlas de sus cabellos” (p. 251).

más abstractos, a partir de ciertas similitudes particulares. Así, en su mención de las armas de los araucanos, Ercilla comienza con las largas y pesadas (“picas, alabardas y lanzones”) y, con un criterio descendente, llega por último a las cortas, ligeras o diseñadas para arrojar proyectiles (“lazos de fuentes mimbrés y bejucos, / tiros arrojados y trabucos”, 1, 19), sugiriendo tal disposición retórica la importancia de las primeras para el mantenimiento de un orden compacto en las filas de combatientes. Esta jerarquía puede remitirnos a los métodos de lucha glosados en el Libro 2 del *Arte de la guerra*. Allí Maquiavelo examina el armamento de las legiones romanas y resalta la importancia de la pica, cuya longitud permitía preservar la formación y sojuzgar a la caballería atacante —un uso remozado en los tiempos actuales tras la invasión de Italia por el rey francés Carlos VIII (2, 362). Pero, por encima de las cualidades de uno u otro instrumento, Maquiavelo —o su portavoz Fabrizio Colona— insiste repetidamente en que el éxito militar depende siempre de una estricta división de funciones, dirigida a asegurar la sincronización en los movimientos de cada grupo de combatientes conforme a los fines del conjunto. La guerra se concibe entonces como una actividad eminentemente coordinada y disciplinada<sup>22</sup>. Si el diálogo de Maquiavelo enseña que en ella deben regir los principios de especialización perfeccionados en la antigua Roma, el poema de Ercilla registra cómo los araucanos incorporan a su educación militar presupuestos parecidos. En tal sentido, la utilidad de cada guerrero se aprovecha máximamente con base en limitar su aprendizaje a una sola arma:

22. De ahí la superioridad de la infantería sobre la caballería, ya que el movimiento de la primera es más controlable (2, 369), y también la preferencia de los romanos por lugares poco resguardados sobre los que ofrecen más seguridad en caso de que éstos no permitan mantener el orden (2, 370). El diálogo añade que la coordinación y la disciplina en los movimientos se logra mediante ejercicios cuyas finalidades son fortalecer el cuerpo, aprender a usar las armas y observar el orden en la marcha, en la lucha y al acampar (2, 371). En la misma línea, el texto prescribe una estricta racionalización de los signos empleados para las maniobras militares, a través de banderas, los colores en el casco de ciertos oficiales o números en el casco de los soldados, todo lo cual permite generar hábitos casi automáticos entre los soldados; para asegurar el orden en los movimientos, es también muy importante el papel de la música (2, 381-384).

Cada soldado una arma solamente  
 ha de aprender, y en ella ejercitarse,  
 y es aquella a que más naturalmente  
 en la niñez mostrare aficionarse;  
 desta sola procura diestramente  
 saberse aprovechar, y no empacharse  
 en jugar de la pica el que es flechero,  
 ni de la maza y flechas el piquero (1, 22).

Volviendo a Maquiavelo, el riguroso entrenamiento que convierte a los soldados en piezas ajustadas a los objetivos de una maquinaria compleja queda bien reflejado en la táctica de combate más característica de las legiones romanas y a la cual el *Arte de la guerra* dedica minuciosa atención. Se trata de dividir cada legión en tres líneas principales —*hastati*, *principes* y *triarii*—, de modo que en la primera los soldados formen un bloque más compacto que en la segunda y que los componentes de la tercera línea estén todavía más espaciados que los de las dos líneas restantes. A medida que se van mermando los combatientes situados frente al enemigo, su línea correspondiente puede insertarse en la posterior, y la lucha puede continuarse con fuerzas renovadas en tanto que los atacantes se exponen a sufrir un persistente desgaste. Este sistema perfeccionó una práctica de las *falanges* griegas, sólo que, según explica Maquiavelo, los griegos “no retiraban un orden en el otro”, sino que más bien “un hombre ocupaba el lugar del otro”<sup>23</sup>, con el consiguiente riesgo de que la retaguardia se debilitara y vaciara de hombres progresivamente (3, 398-400). El método romano permite en cambio rehacerse contando con una reserva sólida, y ejemplifica una enseñanza que el dialogante maestro del *Arte de la guerra* considera totalmente fundamental:

Una cosa solo vi ricordo: che mai voi non ordianite esercito in modo che, chi combatte dinanzi, non possa essere sovenuto da quegli che sono poste di

23. “Il modo ch’essi tenevano in sovvenire l’uno l’altro era, non di ritirarsi l’uno ordine nell’altro, come i Romani, ma di entrare l’uno uomo nel luogo dell’altro” (3, 400).

dietro; perché, chi fa questo errore, rende la maggior parte del suo esercito inutile, e, si riscontra alcuna virtù, non può vicere (3, 418-419)<sup>24</sup>.

Aunque el testimonio es aquí bastante lacónico y no muy claro, la *Crónica* de Jerónimo de Vivar sugiere cómo los araucanos empleaban su propio sistema de refuerzos durante los combates en grupo: “Y no vienen a dar en españoles que no vengan en tres o cuatro cuadrillas, y aunque los desbaraten de uno, se rehacen en otro” (252). Vivar apenas dice más al respecto, y por eso el más elaborado tratamiento por Ercilla de la cuestión —a la que dedica dos octavas reales— parece sugerir cómo la lectura de Maquiavelo condiciona su interés hacia la táctica de los indígenas. Las octavas en cuestión dicen:

Hacen su campo, y muéstranse en formados  
 escuadrones distintos muy enteros,  
 cada hila de más de cien soldados;  
 entre una pica y otra los flecheros  
 que de lejos ofenden desmandados  
 bajo la protección de los piqueros,  
 que van hombro con hombro, como digo,  
 hasta medir a pica al enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete  
 por fuerza viene a ser desbaratado,  
 tan presto a socorrerle otro se mete,  
 que casi no da tiempo a ser notado.  
 Si aquél se desbarata, otro arremete,  
 y estando ya el primero reformado,  
 moverse de su término no puede  
 hasta ver lo que al otro le sucede (1, 23-24).

24. Una sola cosa os recuerdo: nunca ordenéis un ejército de modo que quien lucha delante no pueda ser auxiliado por que están situados detrás. Porque quien cometa este error condena a la inutilidad a la mayor parte de su ejército, y no puede ganar si encuentra alguna virtud enfrente.



Lo cerrado de los escuadrones, el apoyo coordinado entre los piqueros —firmes en su posición— y los arqueros —con mayor libertad de movimiento—, la función de la pica para preservar la distancia del enemigo y evitar que las filas se desbaraten: he aquí una serie de principios básicos heredados en la Europa moderna de los ejércitos romanos y que Maquiavelo comenta también en su texto, de la misma manera que enfatiza las ventajas de implementar durante la batalla un preciso sistema de relevos. Con él se persigue, como condición inexcusable para la victoria, que el orden no se descomponga, un presupuesto compartido por los araucanos, según sigue explicando Ercilla, quien a continuación menciona un ardid habitual en los guerreros del Arauco para protegerse del acoso de los caballos. La maniobra consiste en situarse en áreas pantanosas, pues “allí pueden seguros rehacerse”, si antes la caballería española ha conseguido dispersarlos. Así, el motivo por el cual los pantanos ofrecen protección ante los ataques del enemigo nos remite a uno de los puntos polémicos del pensamiento militar de Maquiavelo. Me refiero al papel ancilar de la guerra a caballo, puesto que su preponderancia vedaría el acceso a áreas geográficas donde la infantería es, por el contrario, capaz de desplegarse y de maniobrar concertadamente. El mismo inconveniente expresa Ercilla en el cierre de su estrofa cuando, refiriéndose a las dificultades de la caballería en este tipo de terreno, concluye: “que el falso sitio y gran inconveniente / impide la llegada a nuestra gente” (1, 25).

Con su insistencia en el orden, la disciplina y la obediencia a las instrucciones de los jefes, podría pensarse que el diálogo de Maquiavelo pone en entredicho las virtudes bélicas tradicionales de la fuerza y la valentía. Es innegable que la mayoría de las recomendaciones del *Arte de la guerra* son casi ajenas a la ideología y a la práctica real de la cultura caballeresca prevalente durante gran parte del Medievo, a menudo centrada en la celebración de sucesos heroicos acometidos por las élites militares. Sin embargo, Maquiavelo no ignora el enorme peso del valor y la confianza por su capacidad de sembrar miedo y desmoralización en el oponente; lo que es más importante, ex-

presa su convencimiento de que no sólo el orden es compatible con la bravura, sino que la aumenta: “porque el orden suprime el temor de los hombres, mientras que el desorden disminuye la ferocidad” (“perché l’ordine caccia dagli uomini il timore, il disordine scema la ferocia”, 2, 375). Más adelante Maquiavelo especifica cómo, en lugar de depender de la disposición individual de cada soldado, la moral combativa se genera gracias a la buena disposición del conjunto: “Porque un ejército animoso no lo es por tener hombres animosos, sino por estar bien ordenado” (“Perché lo esercito animoso non lo fa per essere in quello uomini animosi, ma lo esservi ordini bene ordinati”, 2, 377). Implícitamente, es un principio asimismo tenido en cuenta en el Canto 1 de *La Araucana* —y ello por mucho que el relato épico luego se recree abundantemente en episodios que ilustran el valor y la pericia de señeras figuras heroicas. Lo da a entender el que, dentro de su descripción introductoria, Ercilla aluda a las muestras de arrojo personal inmediatamente *después* de referirse a los movimientos concertados de los escuadrones y a la necesidad de no perder los combatientes su posición. Al describir en la estrofa 26 cómo “los bárbaros que son sobresalientes” suelen adelantarse del “escuadrón” y, con posturas desafiantes, provocan a los enemigos a luchar contra ellos “mano a mano”, el poeta parece implicar que la disciplina del grupo da alas a la osadía de los guerreros más aventajados<sup>25</sup>.

Una lógica parecida se percibe en los comentarios de Ercilla sobre los fortines de madera de los araucanos, cuya solidez ofrece protección para ponerse pronto a salvo después de sorprender al enemigo con acciones rápidas e inesperadas: “y salen de rebato a

25. Es interesante comparar aquí de nuevo los textos de Ercilla y de Jerónimo de Vivar, quien sugiere cómo la presencia del grupo le permite a los valientes “señalarse” mientras ayuda a conjurar el miedo a la muerte en todos los guerreros: “Y aun muchas veces salen algunos que se tienen por valientes a señalarse, nombrándose ‘Inche cai che’, que quiere decir ‘Yo soy’... Y no temen muerte, aunque en otras partes que yo he visto y me he hallado de Indias, en ver matar se cobran miedo. Mas éstos, aunque les maten gente, los he visto yo tomar los muertos y meterlos dentro del escuadrón” (252).

caso hecho, / recogién dose a tiempo al sitio fuerte” (1, 28). Aunque sería probablemente excesivo forzar un paralelismo entre estas construcciones y los campamentos ideados por Maquiavelo a partir del ejemplo romano, cabe señalar que *La Araucana* tiene en común con el *Arte de la guerra* el examinar de entrada los criterios para levantar la edificación, ya sea la posible conveniencia natural del sitio o consideraciones más estrictamente militares —derivadas del *arte* en el vocabulario de Maquiavelo<sup>26</sup>. Los dos textos se interesan asimismo por los aspectos racionales y geométricos del diseño —que adopta en uno y otro caso la forma de cuadrado— conforme a una funcionalidad ciertamente menos exacerbada en el poema de Ercilla<sup>27</sup>.

Pero los ejércitos romanos, sostiene Maquiavelo, nunca habrían alcanzado sus altos niveles de fortaleza y efectividad si un sentimiento compartido no justificara su propia razón de ser. Esta energía unificadora es el amor a la patria, principio que explica por qué ya en el prefacio del *Arte de la guerra* dirigido al patricio florentino Lorenzo di Filippo Strozzi, Maquiavelo mantiene que la vida militar no está en disconformidad con la vida civil pese a las apariencias, en la medida en que aquélla tiene la crucial misión de defender las normas legales y religiosas de la comunidad. Por eso, “si en cualquier otro orden [entre los existentes] en ciudades y reinos se empleaba extrema diligencia para mantener a los hombres fieles, pacíficos y llenos de temor de Dios, en la milicia se duplicaba”, añadiendo luego Maquiavelo: “Porque, ¿en qué hom-

26. Dice Maquiavelo: “Ma i Romani non tanto alloggiavano sicuri dal sito quanto dall’arte; né mai sarebbero alloggiati ne luoghi dove eglino non avessero potuto, secondo la disciplina loro, distendere tutte le loro genti” (6, 464). Y Ercilla: “Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden / ser el lugar y sitio en su provecho, / o si ocupar un término pretenden, / o por algún aprieto y grande estrecho” (1, 28).

27. En el *Arte de la guerra* Maquiavelo exhibe un detallismo casi obsesivo en sus recomendaciones acerca de la regulación geométrica y la racionalización del espacio en los campamentos por razones estrictamente bélicas, pero también para mejor reforzar el control y la vigilancia sobre los soldados (véase 6, 464-471). Es uno de los varios momentos del diálogo en que, al lado del promotor de la libertad y el patriotismo, asoma la inquietante figura del técnico del poder preocupado por asegurar la eficacia mediante la coacción y el miedo.

bre debe buscar la patria mayor fe sino en aquél que ha prometido morir por ella?”<sup>28</sup>.

Como hemos indicado, la identificación con el suelo nativo se traduce en la reivindicación por Maquiavelo de un sistema de milicias locales, en el que combatientes no mercenarios se reclutan y movilizan a tenor de las necesidades. Veamos qué tiene que decir Ercilla sobre la incorporación de los araucanos a las armas:

De diez y seis caciques y señores  
 es el soberbio Estado poseído,  
 en militar estudio los mejores  
 que de bárbaras madres han nacido;  
 reparo de su patria y defensores,  
 ninguno en el gobierno preferido.  
 Otros caciques hay, mas por valientes  
 son éstos en mandar los prominentes.

Sólo al señor de imposición le viene  
 servicio personal de sus vasallos,  
 y en cualquiera ocasión cuando conviene  
 puede por fuerza al débito apremiallos;  
 pero así obligación el señor tiene  
 en las cosas de guerra dotrinillos,  
 con tal uso, cuidado y diciplina,  
 que son maestros después de esta doctrina (1. 13-14).

En la nación araucana, la excelencia en el “militar estudio” determina, pues, el poder político y el prestigio de los dieciséis caciques máximos encargados de velar por la integridad de la patria, y cada uno de ellos tiene la facultad de reclutar guerreros entre sus respetivos “vasallos”, así como la obligación de entrenarlos. Según se describe

28. “Ese in qualunque altro ordine delle cittadi e de regni si usava ogni diligenza per mantenere gli uomini fedeli, pacifici e pieni del timore d' Iddio, nella milizia se raddoppiava; perché in quale uomo debbe ricercare la patria maggiori fede, che in colui che le ha a promettere di morire per lei?” (325-326).

aquí, es un sistema oligárquico y autoritario, pero también descentralizado, en el sentido de que ningún jefe posee prerrogativas para imponer a los otros cuándo se debe recurrir a la guerra, tomando “los caciques del senado” la decisión por medio del voto (“que allí la mayor voz ha de seguirse”, 1, 35)<sup>29</sup>. Semejante organización manifiesta una honda diferencia entre los araucanos y los dos grandes imperios de América durante la conquista —el azteca y el inca—, cuya estructura fuertemente jerarquizada confería al dirigente máximo un carácter semidivino<sup>30</sup>. Lejos de rendir culto a una autoridad teocráticamente legitimada, los nativos del Arauco hacen de la patria su fuente última de lealtad, y así lo reconoce Ercilla elocuentemente cuando en el Canto 29 se hace eco del ideal clásico *pro patria mori* reformulado por los humanistas y celebra el heroísmo de los araucanos, dispuestos a perecer antes que a dejar su tierra en manos extranjeras. Conforme a la intervención puesta allí en boca del cacique Purén, los indígenas prometen no descansar hasta ver “sin medio ni concierto, a fuerza pura, / su patria en libertad y paz segura” (29, 9)<sup>31</sup>.

29. En esta dirección, David Quint ve en los araucanos de Ercilla, con su adhesión a códigos aristocráticos de conducta bélica, la representación de una nobleza marcial que está quedándose desfasada en la Europa moderna (*Epic and Empire: Politics and generic form from Virgil to Milton*, Princeton, Princeton University Press, 1993, pp. 174-175).

30. Acerca del lugar de la guerra entre los aztecas y los incas, consúltese el libro de Alberto M. Salas, quien comenta la jerarquización extrema de la organización militar en México y particularmente en el Perú incaico (*Las armas de la conquista de América*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1984, pp. 191-194). Por otra parte, ambos pueblos tenían en común con los araucanos la primacía de la guerra dentro de su cultura. En el caso de los incas, el servicio de las armas era obligatorio para los hombres entre veinticinco y cincuenta años así como acudir a cualquier convocatoria bélica; entonces las tierras de los expedicionarios debían ser trabajadas por la comunidad (p. 192). Salas se ocupa también de las características de la educación marcial de los aztecas (pp. 197-203), quienes consideraban la guerra “la más noble y enaltecida actividad que podían ejercitar” (p. 198). También de manera parecida a los araucanos, la llamada a las armas por parte de los aztecas y los incas era rápida y acatada por todos, poseyendo la guerra, según Salas, “cierto carácter de acción nacional” (p. 213).

31. El arranque del Canto 29 es bien elocuente: “¡Oh, cuanta fuerza tiene!; ¡oh cuanto incita / el amor a la patria, pues hallamos / que en razón nos obliga y necesita / a que todo por él lo pospongamos! / Cualquier peligro y muerte facilita: / al padre, al hijo, a la mujer dejamos / cuando en trabajo a nuestra patria vemos, / y como a más parienta la acorremos” (29, 1). Ercilla recoge el ideal plasmado por Horacio “*Dulce et decorum est pro patria mori*”, que incorporarían humanistas como Petrarca y Maquiavelo, según explicó magistralmente Ernest Kantorowicz, *The king's two bodies. A study in Mediaeval political theology*, Princeton, Princeton University Press, 1957.

El concepto de *libertad* resalta en la cita la unión entre patriotismo y exaltación de la independencia territorial, manifestada en la defensa a ultranza de las costumbres e instituciones autóctonas. El énfasis en la preservación —y no tanto el engrandecimiento— de lo propio separa también en principio a los araucanos de las ambiciones expansivas e imperialistas de los aztecas y aun más acusadamente de los incas<sup>32</sup>, mientras fomenta que el combatiente se involucre anímicamente en los deberes militares. De nuevo es pertinente en este punto la referencia a Maquiavelo, cuyo pensamiento político revela el convencimiento “de que los ciudadanos lucharán y morirán voluntariamente por su dirigente y su gobierno sólo cuando están satisfechos con la sociedad en que viven”<sup>33</sup>. Tal identificación produjo que preclaros hombres de la Antigüedad llegaran incluso a inmolar sus vidas, según nos recuerda por su parte Ercilla en el mismo Canto 29 al comparar a los araucanos con figuras ejemplares que “por la cara patria han convertido / en sus mismas entrañas las espadas” (29, 2)<sup>34</sup>. De hecho, el orgullo patriótico conecta en el poema dos de las características más conspicuas del pueblo rebelde: su predisposición al sacrificio supremo y su insumisión al “extranjero dominio” (1, 6).

Estrictamente hablando, la afirmación de una lealtad suprema hacia la patria y sus valores apenas tiene en la nación araucana un fundamento religioso. Ercilla no duda en escribir que “gente es sin Dios ni ley” —entendiéndose por *ley* una religión compleja o formalmente constituida—, si bien añade que para el éxito de “todos sus negocios” invocan el “furor” de las agencias diabólicas, “teniendo cuanto dice por seguro / del próspero suceso o mal futuro” (1, 40). A continuación, el poeta matiza que estos “negocios” parecen circunscribirse fundamentalmente a la oportunidad o inoportunidad de “dar una batalla”, para lo cual los araucanos interpretan señales

32. Cfr. Salas, *op. cit.*, p. 191.

33. Gilbert, *op. cit.*, p. 27.

34. El poeta menciona a “Mario, Casio, Filón, Cosdro Ateniense / Régulo, Agesilao y el Uticense” (29, 2). Con ello se hace eco de la exaltación humanista del guerrero que se inmola por la patria (Kantorowicz, *op. cit.*, p. 248).

y agüeros (1, 41) guiados a veces por la opinión de un grupo selecto de “predicadores” o hechiceros<sup>35</sup>. Su dictamen, sin embargo, no siempre prevalece:

pero la espada, lanza, el arco y flecha  
 tienen por mejor ciencia otros soldados,  
 diciendo que el agüero alegre o triste  
 en la fuerza y el ánimo consiste (1, 44).

¿No puede haber aquí un eco de la *virtú* maquiavélica y su exaltación de la voluntad frente a otros factores incontrolables? Resulta difícil asegurarlo, pero sí es incuestionable que, para Ercilla, la no muy intensa relación de los araucanos con lo sobrenatural nunca opera en contra de los instintos bélicos; como mucho, los dirige o canaliza. Dentro de las provocativas ideas de Maquiavelo sobre la religión sería quizás oportuno sacar a colación un famoso pasaje de los *Discorsi*, donde se responsabiliza al cristianismo de que los hombres actuales sean menos fuertes que los del mundo antiguo, cuando el sacrificio ritual a los dioses estaba “lleno de sangre y ferocidad” (“pieno di sangue e di ferocità”) y la religión “no beatificaba más que hombres llenos de gloria mundana, como los capitanes de los ejércitos o los jefes de las repúblicas” (“non beatificava se non uomini pieni di mondana gloria; come erano capitani di eserciti e principi di republiche”, 2, 2, 282)<sup>36</sup>. En el actual estado de cosas, se sigue lamentando Maquiavelo, “la totalidad de los hombres, con tal de ir al paraíso, prefiere soportar sus opresiones que vengarse de ellas” (“l’università degli uomini per andare in Paradiso pensa piú a sopportare le sue battiture che a vendicarle”), sin darse cuenta de que “nuestra religión... permite la exaltación y la defensa de la patria” (“la nostra religione... permette la esaltazione e la difesa

35. Sobre el carácter ritualizado de la guerra en los incas y los aztecas, véase Salas, *op. cit.*, pp. 215-223.

36. Cito los *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* según la edición de Sergio Bertelli, en *Opere*, I, Milano: Feltrinelli, 1960, mencionando el número de libro, de capítulo y de página. La versión española corresponde a la traducción de Ana Martínez Arancón (Madrid, Alianza Editorial, 1987).



della patria”, 2, 2, 283). Sin llegar a incluir en el *Arte de la guerra* formulaciones tan radicales, Maquiavelo desplaza también aquí el fervor religioso hacia el amor patriótico y equipara el sacrificio por el suelo nativo al martirio de los santos<sup>37</sup>. Además explica elogiosamente cómo los antiguos usaban el poder coercitivo de la autoridad divina para estimular la belicosidad. El método difiere notablemente de la espontaneidad atribuida por Ercilla a los impíos araucanos, pero aboca a resultados en cierta manera similares, en la medida en que con él también las creencias religiosas juegan a favor de las urgencias militares en vez de entorpecerlas:

E perché a frenare gli uomini armati non bastono né il timore delle leggi, né quello degli uomini, vi aggiugnevano gli antichi l'autorità di Iddio; e però con cerimonie grandissime facevano a' loro soldati giurare l'osservanza della disciplina militare, acciò che contrafacendo, non solamente avessero a temere le leggi e gli uomini, ma Iddio; e usavano ogni industria per empiergli di religione (6, 478)<sup>38</sup>.

A propósito de la influencia específica del cristianismo en los valores modernos, se dice en el *Arte de la guerra* que el modo de vida actual no impone a los Estados la necesidad inexcusable de defenderse para preservar la supervivencia, contrariamente a lo que solía ocurrir en el mundo antiguo (2, 394). Sin embargo, incluso antes de la implantación definitiva de la religión cristiana, la propia expansión imperial de los romanos trajo consigo un acusado debilitamiento de sus cualidades marciales. De ahí Maquiavelo infiere que la efectividad bélica aumenta cuanto más graves sean para los combatientes las consecuencias previsibles de la derrota.

37. Gilbert, *op. cit.*, p. 26. Kantorowicz (*op. cit.*, p. 234) se detiene en la figura del mártir cristiano como prototipo y modelo del patriota que da su vida por la propia nación.

38. Y porque para frenar a los hombres armados no bastan ni el temor a las leyes ni a los hombres, los antiguos añadieron la autoridad de Dios. Y por eso con gran ceremonia hacían que los soldados juraran fidelidad a la disciplina militar, de manera que si fueran contra ella no solamente habían de temer a las leyes y a los hombres, sino también a Dios. Este planteamiento está en línea con las recomendaciones maquiavélicas de que el gobernante use a su conveniencia virtudes y valores tradicionales, expuestas sobre todo en *El Príncipe*.

Éstas eran con frecuencia irreversibles en la Antigüedad; por no serlo habitualmente ahora, ha sufrido el prestigio de la carrera de las armas:

Perché, allora, gli uomini vinti in guerra o s'ammazzavano o rimanevano in perpetuo schiavi, dove menavano la loro vita miseramente; le terre vinte o si desolavano o ne erano cacciati gli abitatori, tolti loro i beni, mandate dispersi per il mondo; tanto que i superati in guerra pativano ogni ultima miseria. Da questo timore spaventati, gli uomini tenevano gli esercizi militari vivi e onoravano chi era eccellente in quegli. Ma oggi questa paura in maggior parte è perduta; de' vinti, pochi se ne ammazza; niuno se ne tiene longamente prigionero, perché con facilità si liberano. Le città, anchora ch'elle si sieno mille volte ribellate, non se disfanno; lasciansi gli uomini ne' beni loro, in modo che il maggior male che si tema è una taglia (2, 394-395)<sup>39</sup>.

Entre los modernos territorios europeos, Maquiavelo aduce la excepción representada por Alemania ("la Magna") para mostrar cómo allí la multiplicidad de principados y repúblicas promueve la belicosidad de sus combatientes, cuya fiereza es directamente proporcional a su temor a la servidumbre (2, 397). Los araucanos muestran un apego similar a la libertad, y sobre él insiste una vez más Ercilla antes de ejemplificarlo:

No ha habido rey jamás que sujetase  
esta soberbia gente libertada,  
ni extranjera nación que se jatase

39. Porque entonces se mataba a los hombres vencidos en la guerra o permanecían en perpetua esclavitud, donde llevaban una vida miserable; las tierras conquistadas se asolaban o se obligaba a sus moradores, después de ser despojados de sus bienes, a dispersarse por el mundo; de modo que los derrotados en la guerra eran conducidos a una miseria extrema. Espantados por este temor, los hombres mantenían vivo el entrenamiento militar y honraban a quienes sobresalían en él. Pero hoy se ha perdido la mayor parte de este temor. Pocos de los vencidos reciben la muerte; a nadie se le mantiene en prisión por mucho tiempo, ya que obtienen la libertad fácilmente. Las ciudades no se destruyen, aunque se hayan rebelado mil veces; se deja que los hombres preserven sus bienes, de modo que el mayor mal que hay temer es pagar el rescate.

de haber dado en sus términos pisada,  
 ni comarcana tierra que se osase  
 mover en contra y levantar espada.  
 Siempre fue esenta, indómita, temida,  
 de leyes libre y de cerviz erguida (1, 47).

Luego se refiere Ercilla a las conquistas de los incas, quienes ampliaron sus dominios en tierras de Chile tras reducir “a servidumbre” a varios “pueblos belicosos” (1, 49), hasta que los araucanos frenaron su avance. La situación de inestabilidad fue aprovechada por el vecino pueblo de los “Promaucaes de Maule” (1, 51), lo suficientemente bravos como para derrotar a los invasores incas pero todavía muy inferiores en las armas a la “fiera nación” (1, 52) cantada en el poema épico. Los araucanos, por lo tanto, han forjado su carácter indómito y su apego a la libertad en la lucha contra los invasores y en la actitud vigilante hacia los vecinos, sabiendo que, en caso de ser sojuzgados, difícilmente tendrían la oportunidad de recobrar la independencia perdida. Su situación no es muy distinta a la que en el diálogo de Maquiavelo se considera característica de los antiguos, particularmente cuando, antes de la consolidación del Imperio romano, había pocas esperanzas para los vencidos.

Las intersecciones del Canto 1 de *La Araucana* con el pensamiento militar de Maquiavelo en ninguna forma suponen que Ercilla quede atrapado por el prestigio de su fuente hasta el punto de conformar totalmente su visión de los araucanos a las doctrinas expuestas en el *Arte de la guerra*. Más bien se diría que el diálogo pudo servirle a Ercilla como una guía para la descripción y valoración del pueblo contra el que combatió durante varios años. En este sentido, el conocimiento del enemigo y la postura con frecuencia admirativa hacia él contribuyen a la formulación en *La Araucana* de un modelo digno de ser imitado en varios aspectos por los españoles, igual que para Maquiavelo las legiones romanas constituían el ideal a emular. Ambos ejemplos coinciden en premiar el mérito, y si, como observa Maquiavelo, el acceso al generalato suponía en el ejército romano el paso de los máximos oficiales por rangos de categoría inferior (3, 422), Ercilla nota cómo entre los araucanos “los cargos de la guerra

y preeminencia” se proveen teniendo en cuenta “la virtud del brazo y excelencia”, sin que cuenten el origen, la riqueza o el parentesco con otros jefes (1, 17). El resucitar en su mundo virtudes de este tipo debió parecerle a Ercilla una tarea imposible, y más después experimentar en el Arauco las atrocidades de un conflicto a menudo desigual o de sentirse injustamente tratado por sus compatriotas. De ahí que la veta optimista de Maquiavelo, con su pretensión de reformar las prácticas actuales, se sustituya en el poeta-soldado por la mirada nostálgica hacia unos usos bélicos cuya nobleza está a punto de extinguirse para siempre.